

El capital y su pulsión de muerte: articulaciones del marxismo con el psicoanálisis ante la violencia estructural del capitalismo

David Pavón-Cuéllar

Introducción

El presente capítulo se vale de recursos conceptuales marxistas y freudianos al aproximarse a la violencia estructural del capitalismo. Esta violencia es aprehendida teóricamente a través de una vinculación entre la referencia de Marx al impulso mortífero del capital y las indicaciones de Freud en torno a una pulsión de muerte en la cultura. La concepción freudiana de lo tanático se utiliza para profundizar en un aspecto fundamental de la descripción marxiana del sistema capitalista. El capitalismo que produce y reproduce lo muerto a partir de lo vivo, el capital a partir del trabajo, se acepta como una expresión histórica particular, bien estudiada por Marx, de lo que Freud se representa como un movimiento pulsional que parte de lo animado para volver a lo inanimado.

Nuestras conjeturas acerca de la intervención de la pulsión de muerte en el capitalismo, tal como serán formuladas a través de una articulación entre conceptos de Marx y Freud, pretenden contribuir a la investigación metapsicológica de la violencia estructural del capitalismo. Nuestro propósito primordial será el de encuadrar y trascender la estrecha esfera especializada en la que transcurren habitualmente los acercamientos psicológicos a fenómenos violentos. Estos acercamientos, como lo veremos, tienden a soslayar el aspecto estructural de la violencia y su relación interna con el capitalismo.

Tras cuestionar la forma en que la psicología suele psicologizar la violencia estructural del capitalismo, nos preguntaremos cómo evitar esta psicologización y encontraremos la respuesta en la manera en que Freud y Lacan entendieron la metapsicología. Retomaremos entonces la concepción metapsicológica freudiana de la pulsión de muerte para examinar la violencia del capitalismo sin caer en la división intelectual del trabajo que da lugar a conocimientos especializados abstractos y desconectados entre sí, como los de la sociología y la propia psicología, que resultan inaceptables para el marxismo tanto como para el psicoanálisis. En una tentativa de articulación de las perspectivas marxista y freudiana en torno a la atribución hipotética de la pulsión de muerte al capital, adoptaremos el punto de vista de Luria y Vygotsky, enfrentándolo al de aquellos exponentes del freudomarxismo austro-alemán, como Reich, Fenichel y el joven Fromm, que rechazaron la idea freudiana de lo tanático por

considerar que podía impedir o debilitar el cuestionamiento del sistema capitalista. Demostraremos que puede hacerse un uso crítico de la concepción freudiana de la pulsión de muerte al situarla en el nivel general de la contradicción principal del capitalismo, aquella por la que se oponen el capital y el trabajo, tal como fue pensada por Marx a través de cuatro configuraciones en las que el capital aparece como ser vivo, ser mortífero, ser muriente y ser muerto-vivo.

El presente capítulo prolonga y ahonda una línea de reflexión del autor en la que ha recurrido a una interpretación original de la metapsicología freudiana (Pavón-Cuéllar, 2010; Orozco-Guzmán y Pavón-Cuéllar, 2014) para incursionar críticamente en el capitalismo (Pavón-Cuéllar, 2016a) y en la psicología entendida como esencia de la ideología (Pavón-Cuéllar, 2016b). Esta línea viene a converger y enlazarse en las siguientes páginas con otras dos líneas paralelas de trabajo reflexivo del mismo autor: una centrada en la articulación del marxismo con el psicoanálisis en la historia, en la subversión del sistema capitalista y en contraposición a la psicología (Pavón-Cuéllar, 2014a, 2017); otra en la que se emplea un dispositivo conceptual de inspiración marxista y psicoanalítica, particularmente lacaniana, para el análisis de la violencia estructural del capitalismo (Pavón-Cuéllar, 2014b, 2016c; Pavón-Cuéllar y Lara-Junior, 2016). En su orientación política, las tres líneas comparten una misma oposición al capitalismo, a sus instrumentos y mecanismos ideológicos, y específicamente a la psicología y a la psicologización.

Psicologizando la violencia estructural del capitalismo

La psicologización es un vicio común de las aproximaciones psicológicas y psicoanalíticas a problemas culturales, sociales, políticos y económicos, entre ellos el que aquí nos interesa, el de la violencia estructural del capitalismo. Al abordar esta violencia, el psicoanalista y el psicólogo tienden a fragmentarla, desorganizarla, soslayar su carácter estructural y abstraerla del sistema capitalista. Es así como consiguen hacer como si no existiera, metamorfoseándola en todo aquello de lo que sí pueden y saben ocuparse, es decir, todo aquello cuya existencia justifica la existencia de los especialistas del psiquismo humano.

Pensemos en la manera en que la psicología dominante reduce la violencia estructural a sus más diversas facetas, manifestaciones y consecuencias psíquicas o comportamentales, todas ellas fácilmente descriptibles e inmediatamente explicables en los términos tan redundantes y trillados que todos conocemos: respuestas condicionadas agresivas (Buss, 1962); factores cognitivos debilitantes del control de la agresividad (Singer y Singer, 1971); insuficiente control de impulsos, baja empatía y falta de inhibiciones (Heilbrun, 1982); secuencias de experiencias tempranas determinantes de trastornos antisociales (Patterson, DeBaryshe y Ramsey, 1989); agresiones entendidas como interacciones estratégicas (Felson y Tedeschi, 1993); hostilidad resultante de ciertas distorsiones en los procesos de pensamiento (Beck, 1999); imitación en la exposición a la violencia (Guerra, Rowell Huesmann y Spindler, 2003); regulación desadaptativa del enojo, y, por ende, fallas en el autocontrol (Denson, DeWall y Finkel, 2012). En todos los casos, vemos esfumarse las estructuras y su violencia tras la manera en que inciden y resuenan en el sujeto, es decir, para cada especialista, la causa psicológica y su efecto violento: para el conductista, el

condicionamiento y la respuesta conductual; para el cognitivista, la mediación afectiva-cognitiva deficiente o distorsionada y la reacción impulsiva-agresiva; para el psicólogo del desarrollo, la experiencia pretérita y el sucesivo trastorno antisocial; para el interaccionista, la interacción y la estrategia, etc.

Aun cuando salimos de la psicología dominante y nos refugiamos en el campo psicoanalítico, volvemos a encontrarnos con la misma psicologización de la violencia estructural del capitalismo. Esta violencia desaparece una vez más tras fenómenos violentos individuales o interindividuales, objetales o intra-subjetivos o intersubjetivos, que siguen describiéndose y explicándose hoy en día con la misma lógica de las décadas anteriores: humillación y vergüenza en configuraciones incestuosas (Benghozi, 2010), agresión ligada con el narcisismo (Navarro, 2011), regresiones a estados primitivos y efectos del trauma en la representación (Yakeley y Meloy, 2012), conflictos entre el yo y el objeto (Gheorghiev y Marty, 2014), ideologías entendidas como patologías del ideal del yo en sujetos frágiles (Duparc, 2016), y así sucesivamente. Como vemos, los alambiques psicoanalíticos pueden servir para transmutar lo ideológico en lo ideal-patológico, la conflictividad socioeconómica en conflictos objetales, lo representado en su representación. Quizás de lo que aquí se trate, en definitiva, sea de consumir el gesto clínico freudiano con el que se busca metamorfosear el inconsciente en la conciencia, el ello en el yo, lo exterior en lo interior, lo colectivo en lo individual, el individualismo burgués en el narcisismo humano, lo público en lo privado, la sociedad en la familia, el mundo en el psiquismo.

Tanto en el psicoanálisis como en la psicología, tenemos la misma operación fundamental que nadie ha denunciado con tanta claridad como Klaus Holzkamp (1996): se da una eliminación de los “hechos mundanos” con sus “estructuras”, una supresión del “contexto estructural” del “mundo real” con el que nos relacionamos y en el que nos encontramos y actuamos, y sólo quedan los “individuos psicológicos enjaulados en su mundo psíquico privado” y a veces vinculándose unos con otros, “volviéndose unos hacia otros y dando la espalda al mundo real” (pp. 244–256). El psicoanálisis y la psicología se caracterizan, entonces, por su abstracción del mundo real y por su absolutización de un mundo psíquico interno al que se asimila todo lo externo. Es como si la exterioridad tan sólo existiera en sus incidencias psíquicas interiores. Estas incidencias terminan concibiéndose como el único mundo existente para la psicología. Es así como el mundo se psicologiza, viéndose concebido como psicológico y reducido al campo de estudio propio de la psicología (De Vos, 2012).

¿Cómo no psicologizar?

Es claro que los especialistas del psiquismo no dejan de psicologizar. Es un favor que se hacen. Es una manera de reproducir concienzudamente sus condiciones de subsistencia, preservar el objeto que da sentido a sus vidas y ampliar su campo de investigación académica y de ejercicio profesional. Por lo demás, al verlo todo a través de los anteojos de la psicología, no hay nada raro en que todo se les muestre de color psicológico: iluminado por el tenue resplandor interno individual, atravesado por la conciencia, palpitante de afecciones y emociones, volatilizado en cogniciones y representaciones, escenificado en comportamientos e interacciones, agitado por dramas personales e interpersonales, etc.

¿Cómo no reducir el mundo al campo de la psicología cuando lo abordamos en una perspectiva psicológica? En otras palabras, ¿cómo estudiar algo psicológicamente sin condenarse a psicologizarlo? ¿Cómo no incurrir en la psicologización al recurrir a dispositivos teóricos psicológicos, entre ellos los del psicoanálisis, para penetrar en aspectos del mundo exterior que suelen pasar desapercibidos para la sociología, la economía, la antropología y otras ciencias humanas o sociales? Derek Hook (2008) nos ofrece aquí una respuesta convincente y sugerente al plantear la posibilidad, ya realizada en algunas críticas poscoloniales de inspiración freudiana, de emplear el psicoanálisis, no para conducir lo exterior a lo interior, sino para mantenerse en la exterioridad y ahí captar la “economía libidinal” y otras “pautas y operaciones sistemáticas” de índole indudablemente psíquica, pero no por ello reductibles a la interioridad subjetiva individual (p. 399).

La premisa teórica subyacente a la posibilidad recién mencionada es la existencia de un psiquismo discursivo transindividual, político o económico, social o cultural, que ya no se encuentra únicamente ni dentro de un individuo ni en sus vínculos interindividuales. Esta concepción del psiquismo resulta obviamente inadmisibles para la psicología dominante y para las corrientes psicoanalíticas más psicológicas o más aferradas a la interioridad psíquica individual promovida por la tradición occidental judeocristiana y capitalista. Sin embargo, en otras orientaciones del psicoanálisis, entre ellas la fundada por Jacques Lacan, estamos en condiciones de reconducir los conceptos freudianos a una exterioridad sin interioridad, lenguaje sin metalenguaje u Otro sin Otro del Otro, en donde sencillamente no hay manera de aislar un objeto de estudio como el de los conocimientos convencionales psicológicos o psicoanalíticos psicologizados.

Al reintegrar el objeto de la psicología en todo aquello concreto de lo que se abstrae, conjuramos el peligro de una psicologización que se queda literalmente sin objeto. Aquello psicológico en lo que podríamos intentar encerrarlo todo estará ya, de entrada, imbricado con el todo, abierto al todo, abierto de par en par, de tal modo que nada podrá encerrarse en él. No será ya un espacio de reclusión, de especialización del conocimiento y de abstracción disciplinaria del objeto, el que definirá un trabajo reflexivo como el psicoanalítico. El temor a la psicologización ya no podrá ser una razón para que nos privemos de los recursos teóricos y conceptuales del psicoanálisis al aproximarnos a fenómenos culturales, sociales, políticos y económicos. Al ocuparnos de la violencia estructural del capitalismo, como lo haremos en este capítulo, podremos recurrir a un concepto como el de la pulsión de muerte, pero liberándolo de la interioridad individual psicológica y resituándolo ahí en donde fue originalmente situado por el propio Freud: en una exterioridad transindividual que tal vez debamos denominar “metapsicológica”, entendiendo la metapsicología como ese enroscamiento reflexivo de la teoría freudiana que le permite pensar la psicología y por el mismo gesto distanciarse de ella, trascenderla, abrir su espacio de reclusión e ir “más allá” de ella y de sus “prejuicios” (Lacan, 1953-1954, pp. 173-180, 259; Orozco-Guzmán y Pavón-Cuéllar, 2014).

La concepción metapsicológica de la pulsión de muerte

La metapsicología es la teoría con la que Freud pone en su lugar a la psicología. ¿Y cómo lo consigue? Haciéndonos ascender a un plano de teorización en el que la esfera psicológica ya no es ni el universo lógico absoluto que cierra el horizonte de lo existente ni la única perspectiva de consideración de lo conocido.

Ayudándonos a prevenir el riesgo de la psicologización, la metapsicología nos hace pensar en la psicología como lo que es: como un simple aspecto relativo del universo de la existencia y como uno solo de los factores que deben ser considerados en la ecuación teórica del conocimiento. Lo que existe y lo que se conoce, tal como es concebido en la teoría metapsicológica freudiana, es mucho más que lo abarcado por la psicología: es también su negatividad y su exterioridad más radical, transindividualidad y no sólo individualidad, ello y no sólo yo, inconsciente y no sólo conciencia, mediación cultural y no sólo inmediatez de la experiencia, naturaleza y no sólo cultura, pulsión y no sólo instinto natural, vida pulsional y no sólo psíquica, muerte y no sólo vida, materia inanimada y no sólo seres vivos y mortales.

Cada limitación constitutiva de la psicología, cada una de sus restricciones impuestas a la teorización, es abolida por la metapsicología de Freud y por cada una de sus nociones teóricas. Tal abolición puede apreciarse de modo particularmente nítido en la pulsión de muerte, la cual, por esto y por más, quizás sea el mejor ejemplo de lo que significa un concepto metapsicológico en la teoría freudiana. Efectuando hasta las últimas consecuencias el movimiento reflexivo englobante y trascendente de la metapsicología, el reconocimiento de la pulsión de muerte resitúa primero la vida psíquica en el fenómeno general de la vida, en la “materia viva” u “orgánica”, y luego reconduce este fenómeno al de la materia en sí misma, la “materialidad inanimada” o “inorgánica” (Freud, 1920, p. 38). Esta materialidad, espacio prácticamente ilimitado en el que se desenvuelve la metapsicología, comprende las esferas de la vida y del psiquismo, de la biología y de la psicología. En una perspectiva metapsicológica materialista que se distingue por ir más allá de cualquier esfera psicológica, todo lo vivo, incluyendo lo psíquicamente vivo, emana de algo material esencialmente muerto, inanimado, inorgánico.

Freud (1920) presenta la materia inerte como un “estado antiguo, inicial, que lo vivo abandonó una vez y al que aspira a regresar por todos los rodeos de la evolución” a través de la pulsión de muerte, “la primera pulsión, la de regresar a lo inanimado” (p. 38). Además de ser la pulsión más primitiva y originaria, la pulsión de muerte aparece así como la pulsión por excelencia, la paradigmática, *la pulsión de las pulsiones*, dirigidas todas ellas “a la regresión, al restablecimiento de lo anterior”, es decir, en última instancia, el “regreso a lo inanimado” (pp. 37-38). El reino de la muerte, la materia inanimada, es entonces el fin al que tiende la vida y no sólo el origen del que proviene la vida. Por más que Freud insista después en que su concepción es “dualista” y no “monista” como la de Jung (pp. 51-52), lo cierto es que tan sólo consigue representarse la pulsión de vida como algo que nos conduce a la muerte por el camino más largo, por las ramas o por los cerros de Úbeda, retrocediendo y dando vueltas, paseando y así “prolongando la duración del trayecto” (p. 40). La pulsión de vida es como un pasatiempo, una digresión, un circunloquio, una diversión, una borrachera de la pulsión de muerte. Esta pulsión tanática es el impulso más fundamental de una vida

que Freud no duda en representarse como una “tensión” que “pugna por nivelarse”, de tal modo que “la meta de toda vida es la muerte” y las más diversas experiencias vitales no son más que “rodeos hacia la muerte” (pp. 38-39).

Marxismo y psicoanálisis ante la división del trabajo intelectual en el capitalismo

Como su nombre lo indica, la pulsión de muerte no es tan sólo una pulsión hacia la muerte, sino una pulsión de muerte, de la muerte, de lo muerto, de lo inorgánico, de la materia inanimada. Podríamos decir, pues, que la pulsión de muerte es un impulso físico y no exactamente biológico ni mucho menos psicológico. De ahí que su concepción, tal como se formula en Freud, sea netamente metapsicológica. La teoría de la pulsión de muerte debe ser una metapsicología y no una psicología porque tiene que situarse *más allá* de cualquier psicología, porque su objeto está más allá del psiquismo, porque la pulsión de muerte no es una expresión de la vida psíquica y ni siquiera de la vida, sino que las trasciende. Como lo hemos visto, son más bien ellas, la vida y la vida psíquica, las que son expresiones de la pulsión de muerte.

Al sacarnos de nuestro encerramiento en las esferas de la biología y de la psicología, la concepción metapsicológica freudiana de la pulsión de muerte nos da la ocasión de explicar lo que ocurre dentro de esas esferas, la vida y la vida psíquica, explicándolo como debe hacerse para evitar cualquier explicación biológica o psicológica tautológica o circular: no psicologizando ni biologizando, no explicando el interior por el interior, sino abriendo el interior y explicándolo por su exterior, situando el adentro en su afuera, dilucidando el elemento a través de su posición en un espacio lógico. Es así como la metapsicología de Freud nos permite restablecer los vínculos internos y sustanciales entre los objetos de unas ciencias que aún suelen creerse independientes: primero, en el nivel de mayor especificidad, revelándonos el correlato ontológico de la identidad epistemológica estudiada por Foucault (1966), el objeto de la biología y el de la psicología; en segundo lugar, en el nivel de mayor generalidad, haciendo un descubrimiento que aparentemente no hemos tenido ni tiempo ni disposición de asimilar, el objeto de la biología y el de una especie de necrología constituida por la física en el sentido más amplio del término.

En el materialismo de la metapsicología freudiana, la materialidad inanimada reaparece por fin en la materia viva que a su vez puede reconocerse de nuevo en la vida psíquica. Lo que Freud consigue, como bien lo vieron Vygotsky y Luria (1925), no es tan sólo reincorporar el psiquismo a la vida, sino reintegrar la vida, la “vida orgánica”, en la “materia inorgánica” (pp. 14-15). De este modo, reunificándolo todo en una sola materialidad, Freud ofrece una respuesta “monista” y “materialista” que sería perfectamente consonante con el monismo y el materialismo de Marx y de la tradición marxista (p. 16).

El marxismo podría servirse del psicoanálisis y específicamente de la concepción metapsicológica de la pulsión de muerte para superar una división del trabajo intelectual que sería inducida por el sistema capitalista. Esta división del trabajo debería superarse, desde el punto de vista del marxismo y especialmente del marxismo occidental, porque nos hace perder una capacidad de conocimiento global de la realidad que es lógicamente una condición indispensable para la crítica del sistema y para

cualquier lucha contra él (Korsch, 1923; Lukács, 1923). Condenándonos al desconocimiento de la totalidad real y a la especialización en áreas como la psicología, el capitalismo con su división del trabajo nos estaría tratando como se trata a esos animales de trabajo a los que se les obliga a “portar anteojeras” para no distraerse de su actividad explotada, como bien lo denunció Tristan Tzara (1935, p. 211). No está de más recordar que Tzara hizo esta denuncia en un momento de adhesión al surrealismo en el que se dedicaba impetuosamente al anudamiento entre las perspectivas marxista y psicoanalítica, las cuales, por cierto, permitían liberarse de anteojeras como las de la psicología y así deshacer la estrategia capitalista de la división de trabajo intelectual: una estrategia cuyo propósito principal es y ha sido siempre el de “dividir para reinar”, como lo señaló, con su acostumbrada perspicacia, el más freudiano y marxista de los surrealistas, el genial René Crevel (1932, p. 67)

El capitalismo y la pulsión de muerte

Ante la división del trabajo intelectual en el capitalismo, los marxistas disponen de un arma tan poderosa como la concepción metapsicológica freudiana de la pulsión de muerte, la cual, desafiando cualquier división, restituye lo psicológico a lo biológico y lo biológico a lo físico y necrológico. La metapsicología de Freud consigue abolir así cualquier barrera dualista entre lo espiritual y lo material, y, de manera más precisa, cualquier diferenciación ontológica insuperable entre lo mineral, lo vegetal, lo animal y lo mental propiamente humano, y también, de modo aún más preciso, cualquier distinción tajante entre las diferentes facetas de lo humano, entre lo económico, lo social, lo histórico y lo cultural, como lo muestra ulteriormente Freud (1927, 1929) al ahondar en la incidencia de lo tanático en la civilización. Presenciamos entonces el derrumbamiento de la clásica jerarquía de los seres. Polvo eran y en polvo se convierten. Se transforman así en lo que ya eran aun antes de precipitarse en el suelo de la materialidad inanimada que los constituye, que nunca dejó de constituirlos, al menos en la perspectiva materialista y monista en la que vemos coincidir el psicoanálisis con el marxismo.

Si la teoría freudiana coincide efectivamente con la marxista en su materialismo y en su monismo, como lo ha considerado Luria (1925), y si este materialismo y este monismo son opciones teóricas práctica-políticamente consonantes con el comunismo y disonantes con el capitalismo y con la sociedad de clases, como lo han supuesto Plejánov (1907) y Lenin (1908), entonces el psicoanálisis consecuente deberá tener un carácter intrínsecamente comunista, anticapitalista y anti-clasista, especialmente a través de sus ideas más acentuadamente monistas y materialistas, como es el caso de la concepción metapsicológica de la pulsión de muerte. Esta concepción, en efecto, parece contrariar el sistema capitalista en al menos dos aspectos cruciales: por un lado, como ya lo hemos visto, reúne de nuevo lo estratégicamente dividido por el capitalismo en el nivel ideológico-científico del trabajo intelectual; por otro lado, en un sentido aún más radical, nos descubre lo deliberadamente oculto por el mismo capitalismo en todos los niveles, a saber, la fuerza letal y devastadora de la que se vale el capital para ejecutar de modo sistemático todas y cada una de sus operaciones.

La admisión del razonamiento anterior, aparentemente admisible en la óptica del marxismo freudiano soviético de los jóvenes Luria y Vygotsky, nos opone de manera

diametral a la posición freudomarxista austro-alemana de Reich (1933), Fromm (1932) y Fenichel (1935), quienes rechazaron la pulsión de muerte por considerar que desviaba la atención de lo realmente destructivo, el sistema capitalista, y lo disculpaba en cierto modo al atribuir su destructividad a un impulso mortífero ineliminable de la vida orgánica. Con su concepción de la pulsión de muerte, Freud estaría naturalizando la destructividad histórica del capitalismo y así estaría descargando la culpa del capital en la naturaleza. El conflicto psíquico entre las pulsiones de vida y de muerte reemplazaría el conflicto social entre los individuos humanos vibrantes de vida y su entorno capitalista rebosante de muerte.

¿Pero acaso no podemos representarnos el conflicto entre el capital y la humanidad como una expresión de aquella lucha más fundamental entre la pulsión de muerte y la de vida? ¿Por qué esta lucha debería suplantar el conflicto social? ¿Y por qué la misma lucha debería ser entendida sólo en términos biológicos o psicológicos y no en términos metapsicológicos? ¿Por qué una lucha como la que opone la muerte a la vida sería exclusivamente natural y no cultural-histórica, únicamente interna y no externa, sólo psíquica y no social? ¿Acaso el mismo Freud no situó la oposición entre las pulsiones de vida y de muerte en el exterior, en el seno de la sociedad, de la historia y de la cultura? Fue lo que hizo en el *Porvenir de una ilusión* y en *El malestar en la cultura* (Freud, 1927, 1929). Y hay que decir que aquí, en estas dos obras, la pulsión de muerte no sirvió de ningún modo, como lo temía Reich (1933), para disculpar el capitalismo y las demás formaciones socioeconómicas opresivas de nuestra civilización, la cual, según los términos del propio Freud (1927), “deja insatisfechos a un número muy grande de sus miembros y los empuja a la revuelta”, y es por esto, precisamente por esto, que “no tiene perspectivas de conservarse de manera duradera ni lo merece” (p. 12).

La crítica marxista y la concepción freudiana de la pulsión de muerte

La civilización, tal como se la representa Freud (1927), no merece dudar por ser injusta y extremadamente insatisfactoria para muchos, para las “clases relegadas”, para quienes sufren un “plus de privación”, para los “oprimidos”, es decir, para aquellos cuya opresión es la “premisa” de la satisfacción de los demás, de los “estratos favorecidos” (p. 12). Es entonces la injusticia, la opresión de los de abajo y su resultante insatisfacción, lo que termina comprometiendo nuestra civilización a los ojos de un Freud casi marxista. Posteriormente el mismo Freud (1929) seguirá insistiendo en el lado negativo de la civilización, en su precio, en el malestar que provoca, y reconocerá, al intentar en vano deslindarse del marxismo, que la “propiedad privada”, aunque no sea el instrumento “más poderoso” del “gusto humano por la agresión”, es un instrumento “poderoso, sin duda” (p. 110). Si vinculamos este pasaje con el anterior y si leemos ambos en el conjunto de la reflexión freudiana, entenderemos que es la pulsión de muerte la que se vale de la propiedad privada y de otros medios para ejercerse, y que su ejercicio implica una situación de injusticia, de opresión y de insatisfacción excedente de las mayorías, por la que sencillamente debe concluirse que nuestra civilización moderna, clasista y capitalista, no merece durar.

La crítica de Freud no deja de ser demoleadora y perfectamente compatible con el marxismo por el hecho de servirse de la concepción metapsicológica de la pulsión de

muerte. En realidad, esta concepción permite profundizar y radicalizar la crítica de la civilización, así como enriquecer y vigorizar la descripción marxista de la destructividad capitalista. La misma concepción freudiana de la pulsión de muerte y de su oposición a la pulsión de vida nos puede ayudar a escapar del simplista y poco marxista esquema reichiano de conflicto social entre los individuos que desean vivir y el entorno capitalista que destruye sus vidas, reinterpretando este conflicto como un combate permanente que no sólo opone al individuo a su entorno, sino que también divide interiormente al individuo, lo vuelve contra sí mismo en un combate incesante y despiadado, desgarrar su entorno, disocia la sociedad, se traduce directamente en luchas de clases e indirectamente en pugnas políticas, resquebraja la cultura, enfrenta la civilización consigo misma y con la naturaleza, escinde y contrapone ideas e ideologías, discursos e instituciones, lo mismo en el exterior que en el interior de los sujetos.

Todo en el mundo humano se ve atravesado por aquello que Freud se representa como una lucha encarnizada entre la pulsión de vida y la de muerte. Esta lucha se expresa por innumerables contradicciones que alternativamente estructuran, desestructuran y reestructuran todo aquello a lo que se refiere la reflexión freudiana. ¿Cómo orientarse y posicionarse ante semejante abundancia y densidad de contradicciones? En una situación como ésta, como bien lo advirtió Mao Tse-Tung (1937), corremos el riesgo de “perdernos en un mar de humo” y de “no llegar a la médula de los problemas” (p. 115). De ahí que Mao recomiende hacer una distinción entre las múltiples “contradicciones secundarias” que nos rodean y la que él mismo denominó “contradicción principal”, definiéndola como aquella contradicción que “desempeña el papel dirigente y decisivo”, y “cuya existencia y desarrollo determina o influye en la existencia y desarrollo de las demás contradicciones”, las cuales, por lo tanto, “ocupan una posición secundaria y subordinada” (pp. 113-115).

Al ocuparnos del mundo humano, podríamos afirmar simplemente que la contradicción principal es la que opone la pulsión de vida y la de muerte, mientras que todas las demás contradicciones quedarían subordinadas a ella y determinadas por ella, pero entonces sí que estaríamos incurriendo en una cierta naturalización y eternización ahistórica de los principios que rigen la sociedad y la cultura, y seríamos incapaces de ver la manera en que las contradicciones principales y secundarias “cambian de posición” en el curso de la historia (Tse-Tung, 1937, p. 114). Únicamente podemos evitar esto al considerar la lucha entre la pulsión de vida y la de muerte como un dispositivo teórico útil para elucidar y cuestionar un aspecto fundamental de lo que está en juego en diversas contradicciones históricas, pero no como una realidad objetiva natural y eterna que subyace a todas esas contradicciones y que las determina tal como una contradicción principal que determina las secundarias.

La contradicción principal en el sistema capitalista

Lo cierto es que la contradicción principal, como bien lo sabía Mao, es una diferente en cada situación histórica. ¿Significa esto que no podemos generalizar de ningún modo y que nuestro análisis debe circunscribirse a una situación histórica tan particular como la de cierta coyuntura en cierto lugar del planeta? ¿Debemos condenarnos, entonces, a sólo formular hipótesis acerca de acontecimientos o escenarios puntuales como tal régimen o tal revolución o tal crisis económica? No necesariamente.

Si no queremos limitar nuestro análisis a la contradicción principal de cierta situación coyuntural, entonces debemos intentar ascender lo más posible en el nivel de generalidad histórica hasta llegar a la contradicción principal definitoria del sistema capitalista como situación estructural constitutiva del mundo moderno e hipermoderno. ¿Y cuál es esta contradicción principal del capitalismo? Gracias a todo lo descubierto por Marx (1844, 1858, 1863, 1866, 1867), sabemos que es la contradicción entre el capital y la fuerza de trabajo, esto es, respectivamente, en los distintos niveles en los que tal contradicción opera y se despliega: entre los burgueses y los obreros, entre la fortuna de los primeros y la vida laboriosa que es el único patrimonio de los segundos, entre la esencia del sistema y la existencia de los trabajadores, entre el trabajo ya transmutado en riqueza y el que se está convirtiendo en riqueza, entre el trabajo muerto (materializado en su producto) y el trabajo vivo (materializándose al producir lo que produce), entre el capital fijo que no se expande (el ahorrado y acumulado o invertido en máquinas o materias primas) y el capital variable que se expande (el invertido en mano de obra).

No hay que forzar nuestra lectura de Marx, no es preciso leer ni más ni menos de lo que nos dice, para percatarnos de que la contradicción entre el capital y la fuerza de trabajo constituye una configuración estructural histórica específica de la contradicción general que está en el centro de la reflexión de Freud en los años veinte: contradicción entre la cosa y la persona, entre lo inorgánico y lo orgánico, entre la materia física inanimada y el cuerpo humano animado, entre lo mineral y lo animal humano, entre el oro y el alma, entre la bolsa y la vida, es decir, en el contexto histórico del mundo moderno investigado por Marx, entre el sistema y los explotados por el sistema, entre la destrucción capitalista y sus víctimas, entre el capitalismo que acaba con las vidas transmutadas en dinero y estas vidas que se consumen al transformarse en dinero, entre el impulso mortífero del capitalismo y la fuerza vital de aquellos a los que explota, entre la pulsión de muerte del capital y la pulsión de vida en sus explotados.

Para no recaer en la dicotomía reichiana en la que se opone el individuo explotado a su entorno capitalista explotador, hay que entender bien que la contradicción entre el capital mortífero y la fuerza vital de trabajo cruza transversalmente al individuo lo mismo que a su entorno. La contradicción, en efecto, no es entre el entorno y el individuo, sino que es precisamente aquello por lo cual vemos diferenciarse y distanciarse al entorno del individuo, como bien lo vislumbró Adorno (1955) al servirse de sus instrumentos conceptuales de inspiración marxista y freudiana para problematizar la distinción entre la psicología y la sociología. Sin embargo, además de separar al entorno del individuo, la contradicción principal del capitalismo, como ya lo señalamos, desgarrá interiormente al individuo y también a su entorno. Esto hace que el capital con su pulsión de muerte no se despliegue tan sólo en el entorno, sino que, tal como interviene en la dialéctica de Marx, pueda revestir la forma de fuerzas psíquicas o impulsos subjetivos, encarnándose en un sujeto, en una clase como la burguesa, en un individuo como el capitalista, pero también, de manera desconcertante, en uno como el trabajador. Correlativamente, el trabajo explotado, como exteriorización de la pulsión de vida, no es tan sólo el de la fuerza de trabajo del individuo, sino que, una vez adquirido por el capital, se transforma en aquello por lo que se anima el entorno, es decir, aquello mismo con lo que el sistema capitalista explota, con su pulsión de muerte, la fuerza vital del individuo.

Tenemos al menos cuatro configuraciones paradójicas en las cuales, en lugar de individuos trabajadores explotados por su entorno capitalista, vemos a: 1) trabajadores explotados a través de los cuales vive el mismo capital que los explota; 2) capitalistas que deben destruir a los trabajadores y destruirse a sí mismos al personificar el capital mortífero que los destruye al explotarlos; 3) materia inanimada que se anima con el impulso vital agonizante arrancado a los trabajadores explotados; y 4) capital muerto que sólo vive de matar, al matar y por matar. Nos detendremos ahora brevemente en estas cuatro configuraciones del capital: como ser vivo, como ser mortífero, como ser muriente y como ser muerto-vivo. En los cuatro casos, tal como se presentan en Marx, intentaremos enfatizar el papel jugado por lo que Freud concibe como pulsión de muerte.

El proletario y el capitalista: el capital como ser vivo y mortífero

El capital con su pulsión de muerte no sólo se despliega en el sistema impersonal por el que somos explotados, sino también a través de las personas que lo representan ante nosotros y que hacen posible que nos explote. La representación puede ser aquí directa o indirecta. Entre los representantes indirectos del capital, encontramos a empleados concienzudos identificados con sus empresas, así como a lobistas, abogados y publicistas, y evidentemente a dóciles gobernantes y policías represivos. Todos estos personajes no representan directamente al capital, sino que representan a sus representantes directos, a los capitalistas, a los que Marx (1867) describió, con mucha razón, como “capital personificado, dotado de conciencia y voluntad” (p. 109).

Es el capital el que piensa y quiere, el que adquiere conciencia y voluntad, a través del psiquismo del capitalista. Es como si el capitalista estuviera poseído por el capital. Desde luego que el capital requiere de la cabeza de un ser humano para poder tener conciencia y voluntad, pero una vez que dispone de una cabeza, de un cerebro y de una mente, su portador ya no será capaz de pensar y querer sino aquello que piensa y quiere el capital. Será el capital el que piense y quiera en su lugar, con sus neuronas y con sus facultades mentales, con su conciencia y con su voluntad. Habrá entonces un capitalista en lugar de un ser humano. En lugar de una persona, tendremos la personificación del capital con su pulsión de muerte. La fuerza mortífera del capital hará que los capitalistas, al explotar, se conviertan en asesinos de los trabajadores explotados, robándoles toda su vida y todas sus ganas de vivir, consumiéndolos, desgastándolos para después deshacerse de sus restos, extenuándolos y envenenándolos, enfermándolos de cánceres y otros males terminales, haciéndolos morir prematuramente, “desrealizándolos” hasta conducirlos a “la muerte por inanición” (Marx, 1844, pp. 105-106).

Al explotar a sus trabajadores, el capitalista es literalmente un asesino que los mata, pues convierte sus vidas, explotadas como fuerza de trabajo, en algo inanimado, muerto, como es el plusvalor, el suplemento dinerario que viene a sumarse al capital. La explotación, la “auto-valorización” del capital por el trabajo, es un proceso en el que la vida explotada se consume como fuerza de trabajo para convertirse en algo tan muerto como el capital explotador: este capital inanimado crece a costa del ser vivo explotado; la vida orgánica se vuelve dinero inorgánico; “el trabajo pasado sustituye al trabajo vivo” (Marx, 1866, p. 24). En lugar de los obreros que trabajan con todo el

vigor de sus vidas, tan sólo quedan las cosas muertas que producen, así como lo más importante, aquello por lo que se producen las cosas y por lo que se consumen las existencias de los obreros, a saber, las cuentas, los números, esas cifras inmóviles que son el propósito de todo lo que ocurre en el sistema capitalista.

El capitalismo existe para producir lo muerto a partir de lo vivo. Es para matar la vida que opera el capital con su pulsión de muerte. Es para lo mismo que el capital requiere de su personificación en el capitalista que le da su voluntad y su conciencia. Gracias a la cabeza del capitalista, el capital puede querer matar explotando y puede también saber cómo hacerlo. Es la mente criminal del capitalista la que le permite al capital realizar ese inmenso crimen que amenaza actualmente a la humanidad entera. Desde luego que aquí el capitalista, poseído por el capital como por un demonio, es más víctima que verdugo: su vida es tan explotada por el capital como la del trabajador. Por lo demás, al trabajar para el capital, el propio trabajador es tan responsable del crimen del capitalismo como el mismo capitalista. Si el capitalista le da su conciencia y su voluntad al capital, el obrero le proporciona su vida misma, su “alma” y su “nervio”, que radican en el “trabajo vivo” (Marx, 1866, p. 40).

El trabajo hace vivir al capital cuya vida es la muerte de la vida. El capital con su pulsión de muerte no sólo vive del obrero, sino que vive la vida misma del obrero. Esta vida es la del capital. Es por esto que Marx puede llegar a describir al trabajador como “capital viviente” (Marx, 1844, p. 123). Si el capital puede vivir para matar la vida, es gracias al proletariado que vive para mantener vivo al capital. Es con la vida misma de los obreros con la que el capital destruye la vida misma de los obreros. Esta vida se la quitan a sí mismos los obreros al hacer vivir al capital que se las arrebató. Así es la pulsión de muerte: vida que acaba con la vida, como cualquier vida explotada en el sistema capitalista, cuyo funcionamiento consiste en transformar la humanidad animada en capital inanimado.

La rata y el vampiro: el capital como ser muriente y muerto-vivo

¿Capital inanimado? ¿Y la febril animación, agitación del mundo capitalista, que no deja de sacudirse, removerse, trastornarse y revolucionarse a sí mismo? ¿Acaso ignoramos, además, que el capital está esencialmente animado, lo está por definición, al ser un proceso y no una cosa? ¿Estaremos confundiendo el capital con el dinero estático en lugar de verlo como lo que es, como un movimiento de expansión y acumulación del propio dinero, como un proceso dinámico de auto-valorización, como explotación del trabajo vivo por el trabajo muerto, como absorción de la vida por la muerte?

Si podemos desentrañar la pulsión de muerte en el capital, es precisamente porque el capital no se nos muestra simplemente como un ser inanimado, muerto, sino como un ser mortífero y por ende animado, vivo, movido por un impulso quizás asesino, pero no por ello menos enérgico, vital, pulsional. Sin embargo, como sabemos, el capital no extrae su impulso de sí mismo. No hay ninguna vida en el capital como tal. Su vida, como hemos visto, es la del trabajador explotado. La explotación del trabajo es la que realiza el movimiento inherente al capital, su auto-valorización, expansión, acumulación. El capital, como proceso, vive del trabajador. Sin la fuerza de

trabajo del obrero, sencillamente no hay capital, sino sólo dinero, caudal estancado, peculio retenido, riqueza improductiva.

Desde luego que el capital engloba el propio trabajo productivo como su fracción variable, animada y expansiva, pero aquí toda variación, animación y expansión, producción y auto-valorización, depende y emana fundamentalmente del obrero, de su vida explotada como fuerza de trabajo y así convertida en trabajo, en fracción variable del capital. Y lo más importante: la conversión de la vida en capital no es ni más ni menos que una expiración, una defunción, una supresión de la vida, una consumación de la pulsión de muerte. La transmutación de la fuerza de trabajo en capital variable implica la extinción de la vida explotada como fuerza de trabajo. La vida tiene que ser aniquilada para ser capitalizada. O para ser más precisos: el proceso de auto-valorización del capital, con su pulsión de muerte, no es ni más ni menos que un proceso de agonía de la vida. Tal agonía es la que anima el mundo capitalista.

La agitación del capitalismo es como las convulsiones de quien agoniza, como los espasmos del moribundo, como los manotazos del ahogado. Esto lo ilustra brillantemente Marx (1866, 1867) a través de una figura que aparece en la famosa canción que resuena en la escena de la cava de Auerbach del Fausto de Goethe (1831): una rata envenenada que “correteaba para adelante y para atrás; se rascaba, respiraba con fuerza, mordía...; se contorsionaba por el dolor...; cual si tuviera dentro del cuerpo el amor” (p. 76). La vida muriente de la rata sería para Marx, de modo revelador, como el inquieto movimiento del capital que “se incorpora la capacidad vida del trabajo” y que se convierte así en un “monstruo animado” que no para de moverse, que se agita “cual si tuviera dentro del cuerpo el amor” (Marx, 1866, p. 40), que “rompe a trabajar como si encerrase un alma en su cuerpo” (Marx, 1867, p. 146).

El capital es un desalmado. Lo que encierra en su cuerpo no es, desde luego, un alma, sino lo que extrae del alma de los trabajadores a los que explota: su hálito vital, el último aliento, la sangre, la vida. Esta vida es la que el capital debe consumir para nutrirse y sustentarse, para sobrevivir, para vivir y mantener viva su pulsión de muerte. Es por esto que Marx (1867) puede también describir el capital como “trabajo muerto que no sabe alimentarse, como los vampiros, más que chupando trabajo vivo” (p. 179). El vampiro capitalista sólo puede seguir vivo a través de los siglos porque sorbe la sangre de los trabajadores. Al absorber así la sustancia vital de los seres vivos, el ser muerto del capital se torna un ser vivo, un ser muerto-vivo, un vampiro que vive de “la succión del trabajo vivo” (Marx, 1866, p. 17). Esta succión incesante de nuestra vida permite ciertamente que el sistema capitalista se mantenga vivo, pero lo que en él vive es lo muerto, el tumor, la gangrena, la muerte y su pulsión, lo inanimado y su tendencia esencial a perseverar en su propio ser inanimado. Lo que hacemos vivir es así algo que sólo puede vivir a costa de la vida, vivir al consumir la vida, vivir matando, como un vampiro, y no sólo vivir muriendo, como la rata de Auerbach. El proceso capitalista, en efecto, no escenifica una muerte natural, sino un acto violento: un crimen, un envenenamiento, una masacre a escala planetaria, un exterminio de la vida humana y de todas las demás formas de vida sobre la tierra. Todo lo vivo debe aniquilarse para transmutarse en capital. El sistema capitalista debe destruirlo todo con su pulsión de muerte para producir más y más riqueza. De ahí la necesaria violencia estructural del capitalismo.

Conclusión

La violencia del capitalismo está en su propia estructura. Es verdad que la estructura capitalista sólo puede moverse con toda la fuerza vital de millones de trabajadores explotados, pero una vez que la estructura se está moviendo, tiene que seguir el movimiento de su propia lógica estructural interna: el movimiento de la transmutación del trabajo en capital, del trabajo vivo en trabajo muerto, de la vida en muerte. Este movimiento agonizante y asesino de la pulsión de muerte nos ahorra vueltas, pausas y distracciones vitales en el camino hacia la muerte, y nos precipita en la materia inorgánica de la manera más directa, por la ruta más rápida, “en corto circuito”, como decía el propio Freud (1920, p. 38).

La rapidez y la aceleración del proceso capitalista, sus avances tecnológicos y organizativos para incrementar las velocidades y acortar los tiempos o las distancias, no parecen reflejar sino la urgencia de retorno a lo inanimado que Freud atribuye a la pulsión de muerte. De lo que se trata, por lo tanto, es de agilizar la devastación de la vida por todos los medios: contaminación de aires y aguas, extinción de especies, tala de bosques, agotamiento de los recursos necesarios para la vida, erosión y desertificación de la superficie terrestre, calentamiento climático, muerte de hambre y de miseria en las regiones más pobres, acortamiento de la esperanza de vida entre los trabajadores explotados, intoxicación de los cuerpos y de las mentes de los consumidores, anulación de la vida real suplantada por simulacros electrónicos, guerra y promoción de la guerra, disolución de la comunidad, reforzamiento de una competitividad agresiva y destructiva, estimulación de comportamientos que favorecen a un individuo a costa de los demás, etc. En todos los casos, vemos extenderse velozmente la violencia estructural del capitalismo. Presenciamos la rápida victoria del capital con su pulsión de muerte. Apreciamos cómo avanza y se impone vertiginosamente la muerte sobre la vida, el dinero sobre el trabajo, el asfalto sobre prados y selvas, la materia inorgánica mineral sobre la materia orgánica vegetal y animal, el petróleo sobre la sabia y la sangre.

Nuestro mundo capitalista despliega también el espectáculo desolador y alarmante de comportamientos individuales violentos, reacciones impulsivas-agresivas mediadas por cogniciones hostiles, trastornos antisociales e interacciones destructivas, conflictos objetales y formas de agresión motivadas por sentimientos de vergüenza y de humillación. Todos estos fenómenos psicológicos también deben reconocerse, desde luego, pero su reconocimiento no tendría que hacernos abstraerlos del contexto en el que se desarrollan: el del sistema capitalista cuya violencia estructural suele manifestarse a través de ellos. Para no falsear algo tan complejo como la violencia, lo estudiado por la psicología necesita reflexionarse mediante una metapsicología como la freudiana complementada con la óptica de Marx y del marxismo. Esta reflexión es la que aquí hemos ofrecido al referirnos al capital con su pulsión de muerte.

Lejos de servir para disculpar al capital y para justificar sus aspectos y efectos psicológicos, la concepción metapsicológica freudiana de la pulsión de muerte nos ha permitido conocer mejor a nuestro peor adversario, el capital, disipando sus engañosas apariencias ideológicas promocionales de productor y reproductor de la vida. El sistema capitalista, como lo hemos visto, está intrínsecamente imposibilitado para

producir y reproducir la vida, ya que su propia lógica interna es, por definición, la de explotar lo vivo, la fuerza de trabajo, para producir y reproducir algo muerto: la riqueza y la ganancia, las mercancías y el plusvalor, el capital y el capitalismo. Esta producción y reproducción de lo muerto a expensas de lo vivo, de la muerte a costa de la vida, es quizás la más clara expresión histórica de la pulsión de muerte, así como la operación más fundamental de las que subyacen a la violencia estructural del capitalismo y a sus innumerables efectos psicológicos.

Referencias

- Adorno, T. W. (1955). Acerca de la relación entre sociología y psicología. En H. Jensen (comp.), *Teoría crítica del sujeto: ensayos sobre psicoanálisis y materialismo dialéctico* (pp. 36-76). México: Siglo XXI, 1986.
- Beck, A. T. (1999). *Prisoners of hate: The cognitive basis of anger, hostility, and violence*. Nueva York, NY, EEUU: Harper Collins.
- Benghozi, P. (2010). La violence n'est pas l'agressivité : une perspective psychanalytique des liens. *Revue de psychothérapie psychanalytique de groupe* 55,(2), 41-54.
- Buss, A. H. (1962). *The psychology of aggression*. Nueva York: Wiley.
- Crevel, R. (1932). *Le clavecin de Diderot*. Utrecht: Pauvert, 1966.
- Denson, T. F., DeWall, C. N., & Finkel, E. J. (2012). Self-control and aggression. *Current Directions in Psychological Science*, 21(1), 20-25.
- De Vos, J. (2012). *Psychologisation in times of globalisation*. Londres: Routledge.
- Duparc, F. (2016). Contre la violence : une bonne combativité. *Connexions*, 106,(2), 87-98.
- Felson, R. B., y Tedeschi, J. T. (1993). *Aggression and violence: Social interactionist perspectives*. Washington, DC, EEUU: American Psychological Association.
- Fenichel, O. (1935). A Critique of the Death Instinct. *The Collected Papers of Otto Fenichel* (pp. 363-372). Nueva York, NY, EEUU: Norton, 1953.
- Foucault, M. (1966). *Les mots et les choses*. París: Gallimard.
- Freud, S. (1920). Más allá del principio de placer. En *Obras completas XVIII* (pp. 1-62). Buenos Aires: Amorrortu, 1997.
- Freud, S. (1927). El porvenir de una ilusión. En *Obras completas, volumen XXI* (pp. 1-56). Buenos Aires: Amorrortu, 1998.
- Freud, S. (1929). El malestar en la cultura. En *Obras completas, volumen XXI* (pp. 57-140). Buenos Aires: Amorrortu, 1998.
- Fromm, E. (1932). Sobre métodos y objetivos de una psicología social analítica. En J.-P. Gente (comp.), *Marxismo, psicoanálisis y sexpol I* (pp. 112-142). Buenos Aires: Granica, 1972.
- Gheorghiev, C. & Marty, F. (2014). La violence: une impasse de la relation d'objet. *Perspectives Psy*, 53(3), 195-201.

- Guerra, N. G., Rowell Huesmann, L., & Spindler, A. (2003). Community violence exposure, social cognition, and aggression among urban elementary school children. *Child development*, 74(5), 1561–1576.
- Heilbrun, A. B. (1982). Cognitive models of criminal violence based upon intelligence and psychopathy levels. *Journal of Consulting and Clinical Psychology* 50(4), 546–557.
- Hook, D. (2008). Articulating psychoanalysis and psychosocial studies: limitations and possibilities. *Psychoanalysis, Culture & Society*, 13(4), 397–405.
- Korsch, K. (1923). *Marxismo y filosofía*. Ciudad de México: Era, 1977.
- Lacan, J. (1953-1954). *Le séminaire. Livre I. Les écrits techniques de Freud*. París: Seuil (poche), 1998.
- Lenin, V. (1908). *Materialismo y empiriocriticismo*. Pekín: Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1975
- Lukács, G. (1923). *Historia y conciencia de clase*. Madrid: Sarpe, 1985.
- Luria, A. R. (1925). Psychoanalysis as a System of Monistic Psychology. *Journal of Russian and East European Psychology* 40(1) (2002), 26-53.
- Marx, K. (1844). *Manuscritos: economía y filosofía*. Madrid: Alianza, 1997.
- Marx, K. (1858). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*. Ciudad de México: Siglo XXI, 2009.
- Marx, K. (1863). *Capital y tecnología. Manuscritos inéditos (1861-1863)*. Ciudad de México: Terra Nova, 1980.
- Marx, K. (1866). *El Capital. Libro I. Capítulo VI (inédito). Resultados del proceso inmediato de producción*. Ciudad de México: Siglo XXI, 2009.
- Marx, K. (1867). *El Capital I*. México: FCE, 2008.
- Orozco-Guzmán, M y Pavón-Cuéllar, D. (2014). Metapsychology. En T. Teo (Ed.), *Encyclopedia of Critical Psychology* (pp. 1173-1176). Nueva York NY, EEUU: Springer.
- Patterson, G. R., DeBaryshe, B. D., y Ramsey, E. (1989). *A developmental perspective on antisocial behavior*. Washington, DC, EEUU: American Psychological Association.
- Pavón Cuéllar, D. (2010). *From the Conscious Interior to an Exterior Unconscious: Lacan, Discourse Analysis and Social Psychology*. Londres: Karnac.
- Pavón-Cuéllar, D. (2014a). *Elementos políticos de marxismo lacaniano*. Ciudad de México: Paradiso.
- Pavón-Cuéllar, D. (2014b). La teoría lacaniana como recurso para denunciar la violencia estructural en la sociedad contemporánea: el caso de la matanza y desaparición de estudiantes en Iguala, Guerrero, México. *Lacan Digital. Revista de psicoanálisis* 1(3).
- Pavón-Cuéllar, D. (2016a). Metapsicología del Capital. *Teoría y Crítica de la Psicología* 7, 139-149.

- Pavón-Cuéllar, D. (2016b). Metapsychology on the Battlefield: Political Praxis as Critique of the Psychological Essence of Ideology. En S. Tomšič y A. Zevnik (coordinadores), *Jacques Lacan: Between Psychoanalysis and Politics* (pp. 268–281).
- Pavón-Cuéllar, D. (2016c). La violencia en el capitalismo: entre lucha por la vida y paz de los sepulcros. En Pavón-Cuéllar, D., y Lara-Junior, N. (coords.), *De la pulsión de muerte a la represión de estado: marxismo y psicoanálisis ante la violencia estructural del capitalismo* (pp. 35–58). Ciudad de México: Porrúa y UMSNH.
- Pavón-Cuéllar, D. (2017). *Marxism and Psychoanalysis: In or Against Psychology*. Londres: Routledge.
- Pavón-Cuéllar, D. y Lara-Junior, N. (2016). Introducción. El capital que chorrea sangre y lodo por todos los poros. En Pavón-Cuéllar, D., y Lara-Junior, N. (coords.), *De la pulsión de muerte a la represión de estado: marxismo y psicoanálisis ante la violencia estructural del capitalismo* (pp. 1-18). Ciudad de México: Porrúa y UMSNH.
- Plejánov, G. V. (1907). *Materialismo militante*. México: Grijalbo, 1967.
- Reich, W. (1933). *Análisis del carácter*. Barcelona: Paidós, 2010.
- Rojas Navarro, P. (2011). El imaginario, narcisismo y agresividad en psicoanálisis: del joven Lacan a la violencia urbana. *Affectio Societatis*, 8(14), 1–17.
- Singer, J. L., y Singer, J. L. (Eds.). (1971). *The control of aggression and violence: Cognitive and physiological factors*. Nueva York, NY, EEUU: Academic Press.
- Tse-Tung, M. (1937). Sobre la contradicción. En *Textos escogidos* (pp. 87-137). Pekín: Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1976.
- Tzara, T. (1935). *Grains et issues*. París: Flammarion, 1981.
- Vygotsky, L. y Luria, A. (1925). Introduction to the Russian translation of Freud's *Beyond the pleasure principle*. En R. Van der Veer y J. Valsiner (Eds), *The Vygotsky Reader* (pp. 10-18). Oxford: Blackwell, 1994.
- Yakeley, J., y Meloy, J. R. (2012). *Understanding violence: Does psychoanalytic thinking matter?* *Aggression and Violent Behavior*, 17(3), 229-239.